

## XXXVI.

## D. Pancho el arpero. (1)

.....  
 Como á nuestro parecer  
 Cualquiera tiempo pasado  
 fué mejor.

JORGE MANRIQUE.

**S**I bien es cierto que nuestros antepasados solían echar *una cana al aire*, pero lo hacían de una manera muy sencilla, en familia y sin traspasar los límites de la prudencia. Hoy desgraciadamente y muy de lamentarse es, que la generalidad de los bailes (á excepción de pocos) sean escandalosos y llenos de episodios que no son para referirse. ¡Qué le vamos á hacer! El siglo en su agonía, tiene fuertes convulsiones, presagio de su próximo término; y estas se nos manifiestan en lo escandaloso de las costumbres que día á día y año á año son peores.

Por espacio de muchos años existió en esta ciudad un filarmónico que tocaba arpa, y lo hacía con maestría; pues era el único en su género que la tocara á la perfección, siendo esta de dos órdenes, para poder tocar cuanto se le ocurría con sus respectivos sostenidos y bemoles.

(1) Título que vulgarmente se le daba pero se llamaba Francisco Silva.

Este señor hizo época por los años de 1840 á 1870, por cuyo tiempo ha de haber muerto, si la memoria no me es frágil.

Pero dejemos á un periódico queretano (1) que nos lo represente tal cual era, para seguir refiriendo sus dotes naturales que lo hicieron célebre.

"Su nombre era Francisco Silva, pero nadie le conocía otro que el de Pancho el arpero.

"Sus maneras nada tenían de vulgares, siempre de buen humor, sin faltar jamás á la decencia, era solicitado de las familias para sus fiestas, merced á su notable habilidad para el arpa.

"Figuraos un hombre alto, robusto, de cara redonda, pelo crespo, cejas pobladas y unidas, ojos vivarachos, nariz chata y una boca grande, con cuyos gruesos labios parecía estereotipada una sonrisa.

"Hé aquí un tipo que es necesario arrancar al olvido, porque formó una importante parte de la sociedad de antaño."

Llegaba el cumpleaños del papá ó la mamá y no faltaba Pancho el arpero, porque el llevarlo á la fiesta era el primer renglón del programa.

La hilaridad originada de sus chistes en la concurrencia era extralimitada. Era medio poeta y sabía acomodarles tonada á sus composiciones.

Era materialmente imposible permanecer sin desternillarse de risa cuando cantaba "El Cieguito;" pues sus gestos y movimientos acompañados de la extravagante letra y tonada, hacían muchas

(1) "La Pluma" publicado en 6 de Octubre de 1895.—Tomo I. Núm. 22.

veces tirarse de risa aún á los más retraídos; y no obstante de las estrepitosas carcajadas de la concurrencia que ya no se entendía aquello, él seguía impávido su cantinela hasta concluirla.

Pudiéramos decir que era "El Padre Cobos" personificado; pues sus picantes epigramas criticando tal ó cual hecho del vecino, ó de la policía, daban ratos de verdadero solaz que pasaban fugaces para nosotros.

Las familias de aquí como las de la capital también salen á veranear y aunque no tienen fincas *ad hoc* como aquellas, pero ocurren á las haciendas ó ranchos de los parientes ó amigos.

En estas excursiones, lo primero que se trataba era de contratar á Pancho el arpero, porque un paseo de esta naturaleza sin él no tenía sal.

Algunas veces, principalmente en los ranchos, el casero obsequiaba á sus visitantes con días de campo. Esto era preciso: pues se escogía para ir á pasar el día el lugar más ameno, como por ejemplo una hermosa cañada formada de cordilleras de montañas llenas de vegetación á cuyo pie corrían arroyuelos de azules ó cristalinas aguas. Esto y la variedad de hermosas flores y multitud de canoras aves y Pancho con su arpa, era un cuadro digno de ser reproducido por Rafael Sancio ó Murillo.

Salía de la aldea la caravana compuesta de hasta treinta personas, contándose entre éstas, los rancheros vecinos, y por de contado que todos debían ir en burro. ¡Yo me encontré alguna vez en estos paseos en la aldea de mis abuelos, y todavía se arrancan de lo profundo de alma prolongados suspiros al evocar recuerdos de mejores tiempos!

Al salir de la aldea al romper el alba, lo primero que se hacía era rezar el Rosario; terminado este, comenzaba la farsa tomando la batuta Pancho que con su original figura cabalgando, y sus chispeantes anécdotas, divertía todo el camino á los excursionistas.

Llegados al paraje designado, todo el mundo echaba pie á tierra y Pancho á templar su arpa, que la llevaba á cuestas un peón en compañía de de tres ó más que llevaban el suculento chivo en barbacoa con salsa borracha, platillo que mientras corra por nuestras venas la sangre de los Moctezuma Netzahualcoyolt y Cuauhtemoc no desaparecerá de nuestra mesa.

Aquella escena era sublime: los señores grandes con un buen cigarro de hoja, sentados platicando de sus tiempos; nosotros los pequeñuelos bañándonos en el cristalino arroyuelo: los jóvenes de ambos sexos y aun parejas bailando *la varsoviana* y otros bailes de la época, al son del arpa: los peones á un lado calentando la barbacoa y gallinas, rodeados de una gran fogata, sin olvidar las *tortillas paseadas* tan sabrosas. Todo esto bajo un entoldado de encinas, madroños, robles y pendicuas cubiertos de enredaderas.

Aquel sencillo baile paraba unos momentos para que Pancho cantara una de sus geniales y humorosas composiciones.

Una de sus producciones era "La Almoneda." Esta era una relación en mal forjados versos, en la cual criticaba una almoneda habida en casa de una persona conocida por su mezquindad.

Pondré aquí uno de sus versos para que el lector

se forme juicio de este Quevedo queretano, en lo satírico. Decía así:

"Sacaron á vender no sé qué Santo,  
Sin marco, sin estampa y sin vidriera;  
Preguntaron que imagen era aquella  
Y al instante no faltó quien les dijera  
Que era el santo patrón de una portera."

Por el estilo eran todas sus composiciones acompañadas de su respectiva tonada.

Como antes dije, todo el día se pasaba en sencilla alegría, sin las políticas y etiquetas que hoy se acostumbra en los bailes.

De vuelta se volvía otra vez á rezar el Rosario, y era gusto ver á todos, especialmente las señoras, con sus sombreros coronados de variadas flores y cada una con su buena porción de plantas, piedrecitas del arroyuelo y semillas.

En estos paseos pasaban las familias de la ciudad ó cortesanas, su temporada, volviendo después á la vida agitada de las poblaciones.

Este era Pancho el arpero y éstas las diversiones de mejores tiempos.

Haciendo serias comparaciones de aquella época con la actual, no ya para nosotros, sino aún para la juventud, creo que el poeta español tuvo bastante razón al terminar una de sus coplas con el epígrafe de esta leyenda.

## XXXVII.

## Dos Militares modelo.

El militar mexicano  
Nunca jamás desmintió  
La intrepidez de Alvarado  
Lo caballero de Bravo,  
Y el valor que con su sangre  
Xicotencalt le heredó.

LA bizarria, caballerosidad y valor del militar mexicano, le son peculiares y hereditarias; pues la raza de sus aborígenes jamás desmintió esas cualidades de que blasonaba y había sido dotada por la Providencia.

La sangre del valiente Xicotencalt, del prudente y sabio Nezahualcoyolt, del intrépido Alvarado, del enérgico é invencible Cortés y del caballeroso Bravo, todavía corre por sus venas, sin que haya sido manchada ni desmentida en los encuentros tenidos con el invasor extranjero.

La escena que me ocupa en la presente leyenda corrobora mi aserto.

El 15 de Mayo de 1867, al caer el Imperio, fueron hechos prisioneros de guerra Maximiliano y sus valientes compañeros, entre los que se contaba el Gral. D. Severo del Castillo.

El ex-convento de la Cruz fué su primer prisión, mas al día siguiente fueron llevados á pie, á excepción del Emperador, al ex-convento de Teresitas,

mandado desalojar la noche anterior por el Gral. Escobedo. (1)

El 21 del mismo mes llegó de San Luis Potosí una comunicación ordenando al citado Gral. Escobedo, se juzgasen los prisioneros conforme á la ley de 25 de Enero de 1862.

Acto continuo fueron trasladados los presos políticos al ex-convento de Capuchinas.

Entre ellos iba el General que me ocupa, D. Severo del Castillo, el cual también debía ser juzgado por la corte marcial de igual manera que sus compañeros.

En efecto, pocos días después del fusilamiento en el Cerro de las Campanas, se procedió á juzgar el resto de Generales según la misma ley, los cuales fueron sentenciados á la última pena.

Sabedor el General del Castillo de la suerte que le tocara, ya solo se ocupó de hacer y arreglar convenientemente sus últimas disposiciones.

Cuenta la crónica de aquel tiempo y aún algunos escritores así lo han referido, (2) que una noche, sentenciado ya, solicitó hablar con el oficial de guardia, que lo era D. Carlos Fuero, el cual no se hizo esperar. (3)

Tan luego como se presentó, le descubrió la crítica situación en que se encontraba con relación á un negocio de familia de mucho interés para él, y cuya misión no debía ni podía confiar á nadie; y

(1) El Emperador fué conducido en la carretela de la casa Rubio.

(2) Biblioteca reformista Tom. I. pág. 163. Nota al pie. Leyendas y tradiciones mexicanas por Riva Palacio y Peza.

(3) Hoy ya General.

protestándole á fé de militar que volvería luego de arreglado el negocio á que aludía, le suplicó le permitiese salir unos momentos, puesto que solo ese pendiente restaba que arreglar para esperar tranquilo la muerte.

El joven oficial no obstante ser su enemigo político y de pesar el grave compromiso que se contraía accediendo á sus ruegos, con un valor que le honra muy altamente, echó sobre sí el baldón infamante de traidor y aun la misma muerte, caso que el General imperialista faltase á su palabra; y con una sangre fría que admira, tomó de la mano á su interlocutor y lo condujo hasta fuera de la puerta principal; y volviendo del Castillo á reiterar sus ofrecimientos caballerosos, se embolvió en su capa y con pasos acelerados se alejó por las oscuras y silenciosas calles. (1)

El joven republicano Fuero, después de permanecer unos momentos ensimismado haciendo las terribles reflexiones del caso, encendió un buen puro, y echándose la punta de su capa sobre el hombro dijo: "No, imposible es que me traicione quien se ha defendido tan bizarramente." Y comenzó á dar vueltas del uno al otro extremo del embanquetado, frente á la puerta del cuartel. (2)

Con intervalos era escuchado lleno de tristeza y pavor el ronco y destemplado grito del centinela seguido del eco de aquellos muros seculares.

Y el joven oficial con impaciencia sacaba su re-

(1) Angel Pola refiere que el subteniente Onofre Masón fué quien de orden de Fuero lo condujo hasta la calle.

(2) A la hora que escribimos estas líneas (1898) aun permanece la fachada del cuartel, tal y como la noche que nos ocupa.

loj y contaba hasta los minutos entre la incertidumbre y el temor, pareciéndole un siglo el tiempo transcurrido.

Por fin escuchó á lo lejos un vago rumor de pisadas, y bajando al medio de la calle, se cercioró que era el General imperialista. ¡Tan fijas así tenía en sus oídos las pisadas!

Efectivamente, era del Castillo, que haciendo honor á su partido, había vuelto con la seguridad plena de recibir la muerte, no obstante haber ya escapado de ella.

Al llegar se dieron un fuerte apretón de manos, dándose mutuamente los agradecimientos, admirándose ambos á la vez, de tanta caballerosidad; é internándose silenciosamente, volvieron á ser enemigos políticos, quedando D. Severo del Castillo en su prisión á esperar la muerte, y Fuero recorriendo los puntos encomendados á su vigilancia.

Bien sabido es que los queretanos alcanzaron de Juárez el indulto de estos Generales, quienes fueron conducidos poco después á la capital, permaneciendo en el ex-convento de Santa Brígida, de donde salieron definitivamente el 26 de Octubre para el extranjero al destierro en que les fué conmutada la sentencia. (1)

Ojalá este hecho, rasgo de corazones nobles, sirva de norma á nuestros estudiantes militares, en la azarosa carrera que han emprendido.

(1) El Pbro. Lic. D. Nicolás Campa, fué uno de los principales que impetraron de Juárez tal gracia.

## XXXVIII.

## El año del hambre.

Dominicos, Jesuitas, Agustinos  
Y franciscos con inclita porfía  
Van por calles y plazas y caminos  
Sin reparar fatiga noche y día;  
Presurosos y errantes peregrinos  
El limpio sol de caridad los guía,  
Y á su paso derraman el consuelo  
Sin otro afán que conquistar el cielo.  
V. RIVA PALACIO Y J. DE D. PEZA.

UNO de los azotes más grandes con que la Divina Justicia ha castigado los pecados de este pueblo, ha sido á no dudarlo la grande necesidad que se dejó sentir el año de 1786 debido á la escasez de víveres, ocasionada por la pérdida de las cosechas en los tres años que precedieron.

Apenas han llegado hasta nosotros ligeros detalles de aquella terrible época.

Cuéntase que no siendo suficientes los crecidos donativos de las personas acomodadas y los recursos que se arbitraban por las juntas de caridad, á llenar el objeto deseado, vagaba multitud de gente por los suburbios y plazas de la ciudad en busca de cáscaras, desperdicios de cuero que tostar en la lumbre para tener siquiera el gusto de masticar algo, así como huesos que ponían á hervir en agua con objeto de chuparlos después.

Se comían toda clase de animales sin distinción, habiendo quien se ocupara de escarbar los estercoleros para sacar gallinas ciegas y tostadas en el comal se alimentaban con ellas.

La gente del campo sufrió terriblemente alimentándose con raíces, yerbas silvestres cocidas, nopal crudo y toda clase de orugas.

En esta ciudad como en todas, no faltaron almas verdaderamente desprendidas, contándose entre éstas la insigne bienhechora Doña María Josefa Vergara, quien con mano pródiga socorría á cuantos imploraban su protección.

No me quedaré sin encomiar la abnegación del ilustre español D. Melchor de Noriega, quien desde su juventud vivió en esta ciudad, y en el año terrible que me ocupa, dió á los necesitados más de \$15,000.

Haré una pequeña biografía de este insigne caballero como la refiere el P. Lic. D. Ildefonso de Esquivel en su elogio fúnebre, pronunciado en el templo de San Antonio de esta ciudad, con motivo del fallecimiento de este insigne varón en 1793.

Nació este hombre caritativo en la Villa de Llanes, en el principado de Asturias y siendo joven aun, sus padres le trajeron á esta Nueva España, fijando su residencia en esta ciudad.

Desde joven se le conoció en todos sus actos como verdadero cristiano temeroso de Dios, y así se le siguió viendo en los veinte años que permaneció célibe en la Colonia del Nuevo Santander, por lo cual se contrajo una no vulgar estimación del Exmo. Virrey Marqués de las Amarillas y las íntimas confianzas del Conde de Sierra Gorda, hasta

desposarlo este último nada menos que con su hija Doña Josefa Escandón, de la cual tuvo dos hijos: D. Andrés que murió de una caída siendo joven y Doña Mariana de Jesús, religiosa de la Enseñanza en Irapuato.

Este hombre fué parco en el vestir, en su mesa, en su menaje, en sus paseos y aun en el trato de su familia.

En una sola cosa no fué parco, en erogar crecidas sumas en beneficio del público; y tanto que en cierta ocasión que una persona le aconsejaba que no fuese tan pródigo, porque tal vez aquel dinero del cual se desprendía en alivio del necesitado, le faltaría el día de mañana, contestó que el dinero guardado sea con el objeto que fuere, es el que engendra el amor á él y la avaricia.

Fué caballero profeso de la Orden de Santiago y Capitan de Guerra, así como Alcalde de esta ciudad y Síndico del convento de San Francisco.

Muy devoto de la Divina Pastora que se venera en su templo llamado posteriormente San Francisquito, los más días la visitaba dejándole crecidas limosnas para su culto.

Todos los días ayudaba la misa á su capellán, comulgando cuando menos dos días á la semana.

Comenzó á construir el templo de San Felipe Neri erogando desde luego \$20,000 de su peculio para la obra; y es creible que lo habría concluido si la muerte no lo hubiera sorprendido.

Dotó de vestidos y alhajas á muchas imágenes de templos pobres.

El hábito de caballero lo recibió directamente

del Rey. ¡En tan alta estima eran tenidas sus habituales virtudes!

Fué Juez también de esta ciudad, conduciéndose en este difícil empleo con suma rectitud de conciencia.

A muchas personas acomodadas prestó gruesas sumas de dinero sin interés ni rédito alguno, sino únicamente por evitar sufriese su honra ó título por el desfalco ó descalabro de que se quejaban.

De la misma manera cuando algunos matrimonios vivían mal por la pobreza, les proporcionaba lo necesario á fin de volver la paz á aquellos hogares.

Era tan sensible á las desgracias ajenas, que en cierta ocasión tenía presición de entregar \$9,000 00 de los cuales solo tenía \$6,000 00 y habiéndole mostrado su necesidad cierto caballero le prestó \$3,000 00 diciendo:

¿Quién se apura por \$3,000 00 que faltan, que no se apure por \$6,000 00? Y se los prestó con liberal mano, quedándose él con la apuración de completar los \$9,000 00 que debía.

De noche salía de incógnito envuelto en su capa con solo el objeto de llevar socorros á personas y familias que sabía estaban necesitadas.

Socorrió muchas huérfanas y viudas y sostuvo pobres jóvenes hasta dejarlos formados, socorriéndolos con largueza en sus estudios.

Pagaba muchas rentas de casa de familias vergonzantes y hacía constantemente limosnas semanarias de á dos, cuatro y seis pesos á varias familias, así como de prendas de ropa para los mendigos asilados y vagabundos.

Sus dependientes aseguraban que la suma de limosnas que hacía era inaveriguable.

El año terrible puso cuatro cocinas públicas á sus expensas para sustentar á cuantos implorasen su protección.

Erogó grandes cantidades para atender á los apestados, y repartió innumerable número de cobertores y frazadas entre los achacosos y encarcelados.

Todavía más: dijo que si terminaba su caudal en aquella época, estaba dispuesto á realizar sus alhajas y vajilla de su uso, con tal que cubriera en alguna manera la necesidad del desgraciado.

¡Cuánta abnegación, cuánta caridad!

Hasta tal grado llegó su afán por consolar al desgraciado, que tomó sobre sí el empleo de Síndico del Real Hospital de la Concepción, con objeto de acudir prontamente con el socorro y alivio de los menesterosos.

Sería interminable si quisiera detallar uno á uno todos los actos de desprendimiento de este insigne varón.

Murió en esta ciudad el 30 de Mayo de 1793, donde reposa su cadáver.

Su muerte fué llorada por todo el vecindario, pues á todos sirvió y no por esto concluyó su capital, sino que ántes bien fué lleno de las bendiciones de Dios.

Sirvió á la sociedad en general del modo siguiente: al gobierno con su persona, desempeñando los distintos cargos que se le daban; á la Iglesia, socorriendo los conventos pobres y sus ministros y también con su persona desempeñando algunos em-